
Rowan WILLIAMS, *Ser discípulo. Rasgos esenciales de la vida cristiana*, Salamanca: Sígueme («Nueva Alianza minor», 49) 2019, 126 pp., 12 x 19, ISBN 978-84-3012022-2.

El anterior arzobispo de Canterbury y primado de la Comunión anglicana nos ofrece en estas páginas una serie de meditaciones, dirigidas en su mayoría a laicos. El camino aquí descrito del discipulado en Cristo consiste –en un primer momento– en prestar más atención a la Escritura, los sacramentos y la vida de la Iglesia. Más adelante tocará prestar una mayor atención «a las personas, los lugares y las cosas», para ver cómo Dios aflora en todo ello. En fin, un tercer momento consiste en estar pendiente de «adónde va Cristo», de «permanecer en compañía de aquellos con los que él se codea», es decir, especialmente los pobres y necesitados. «Y lo que es más importante –concluye–: lo encontraremos sin cesar junto a su Padre, en cuya compañía permanece eternamente» (p. 31). Aquí se alcanza «el corazón de nuestro discipulado»: la fe, la esperanza y el amor, de las cuales la más excelente es evidentemente la caridad (cfr. p. 57). En estas páginas vemos así entremezclada la terminología psicológica, junto a la espiritualidad más clásica, como puede ser la de san Juan de la cruz (cfr. pp. 37ss.).

Así, este itinerario del discipulado discurre desde la santidad, sobre la que escribe unas bonitas páginas, hasta el respeto de

la dignidad de todas las personas, incluidas las no nacidas. «La gente que es auténticamente *santa* –escribe–, y no santurrona, te hace sentir mejor de lo que eres. [...] No compite contra nadie; no va diciendo: “tengo algo que tú no tienes”. Sencillamente nos muestra algo que es maravilloso tener en el mundo» (p. 79). «Tiene que ver –añade–, más bien, con ensanchar el mundo e implicarnos en él. Un santo es alguien que no tiene miedo a entrar en lo más duro y hondo de la condición humana; alguien que, en medio de todo eso, te hace ver las cosas y las personas de una forma nueva» (p. 82). Esta alta santidad nos lleva necesariamente al hermano, a todos los demás. De allí una encendida defensa de la dignidad humana, con interesantes implicaciones ecuménicas: «Esto implica, por consiguiente, que cualquier persona es digna de un generoso y permanente compromiso. Cualquier ser humano merece toda la atención y todo el cuidado, ya sea rico o pobre, ya vaya a vivir un solo día o noventa años» (p. 98). Sin embargo, no es esta una visión horizontal o meramente humana, pues el último capítulo versa precisamente sobre la «vida en el Espíritu».

Pablo BLANCO

Alfredo ALONSO-ALLENDE, *Creer. La fe es razonable y necesaria para ser feliz*, Madrid: Rialp, 2018, 110 pp., 12,5 x 19, ISBN 978-84-321-4959-7.

Escrito en forma sencilla pero para nada superficial, este libro trata del creer en Jesucristo, Hijo de Dios, como algo decisivo en cada persona y que lleva a ser realmente fe-

lices. El autor insiste en que este creer es *razonable* y un *acto libre*. La obra se desarrolla en seis apartados y, a través de estos, se entrelazan las ideas que forjan un camino para

entender que *creer en Jesucristo* no solo implica un grado importante de confianza sino también un ejercicio absoluto de la libertad.

Decimos, afirma el autor, que creemos en alguien porque nos fiamos (de ese alguien). Creer es una fuente de conocimiento; es más que un acto intelectual, pues implica incorporar en mi vida lo que creo. No hay verdadera fe sin vivir como se cree. Debemos *indagar* (ignorar lo que podemos saber es *necedad*) buscando personas fiables, doctas, coherentes, que no engañen.

Continúa el autor su reflexión diciendo que el conocimiento científico evidencia que todo ha sido creado por un ser superior e *inteligente* (como consta en la Biblia) que no se desentiende del hombre; la historia de Israel evidencia que cuida de nosotros y la del pueblo cristiano lo confirma. Sale personalmente a nuestro encuentro; le conocemos a través de Jesucristo, en quien adquiere sentido el plan de la Creación y la Salvación del hombre. Creer en Él es adherirse a su persona, pero necesitamos la ayuda del Espíritu Santo por no bastar «las verdades históricas ni las razones humanas». La Gracia de Dios y la libertad personal son, también, elementos que contribuyen a adherirnos a Él con más firmeza.

La Iglesia, cuya cabeza es Cristo, explica Alonso-Allende, es el medio a través del cual la persona tiene libre acceso para, no solo mejorar ese creer en Jesucristo, sino para reforzar constantemente la fe que, aunque personal no es individualista; nadie puede creer solo ni puede darse a sí mismo la fe. El Magisterio de la Iglesia garantiza que los Evangelios son auténticos, verídicos e íntegros. El «Nuevo Testamento *es el libro antiguo mejor atestiguado y contrastado* (desde el punto de vista histórico-textual) de toda la historia de la humanidad» (p. 48). Pero nuestra fe va más allá de un libro, es fe en una *persona*. Nace del encuentro personal con Jesucristo por la predicación de la Iglesia. Él es la persona de máxima fiabilidad porque ni engaña ni se engaña; su existen-

cia es el centro de la historia y debiera serlo también de nuestra vida.

Para encontrarlo hay que tener información sobre Él, algo que obtenemos de las huellas de anteriores cristianos. Podemos hallarlo en su Iglesia y en los demás, al tratarlos y amarlos. Él nos salva (del demonio, del pecado y de una muerte definitiva) y cuenta con nosotros para salvar a los demás, identificándonos con Él y con su misión salvadora. Transmitir esta Buena Nueva no es pregonar *algo muy sublime*, sino hablar con alguien de alguien. Creer en Él con libertad inteligente es apoyarse en argumentos sólidos y fiables.

La Buena Nueva ha de transmitirse, mejor, cara a cara, con cercanía. Somos portadores de Jesucristo, de quien obtenemos el apoyo necesario para difundir la fe, promesa de vida y felicidad. Él mismo nos ha elegido para esta misión contando con mediaciones humanas para su plan de salvación. No bastan razones, es necesario el amor mutuo con alegría que nace del trato habitual con Él, amándole y sabiéndose amado, conociéndole para darle a conocer. Sin unión íntima con Él no hay auténtico apostolado.

Todos deseamos ser felices. Por propia experiencia sabemos que amar y ser amado genera felicidad. Pero necesitamos que Él nos salve porque, solo Él, puede hacernos plenamente felices. «La fe –la confianza plena– en su amor misericordioso es el único fundamento de nuestra esperanza en el triunfo definitivo, el único fundamento seguro de nuestra felicidad» (p. 83). Jovialidad y optimismo no se identifican con la segura certeza de la esperanza cristiana. Para ser felices, basta con sabernos hijos de Dios.

El autor destaca motivos por los que algunas personas no creen: *ignorancia*, entendida también como ausencia de un sincero interés por saber; *orgullo* que impide creer en otros buscando la felicidad sin Dios; *comodidad* escondida tras la falta de esfuerzo; *miedo a Dios y a los demás*, porque Él quiere

entrar a fondo en nuestra vida para enriquecernos y proporcionarnos felicidad pero, entonces, «habré de cuestionarme si prefiero la aprobación de los hombres o la amistad con Él»; *mala vida*, destacando el pecado radical de la *autosuficiencia*, negando que le necesitamos para ser felices y, si no me reconozco pecador, me opongo a su ayuda para ser liberado de esta esclavitud.

Finalmente, Alonso-Allende pone de relieve que nuestra necesidad de Dios es «esencial, metafísica», que una vida alejada de Dios acaba mal; que quien busca la verdad sinceramente, la encuentra; que todo esto hemos de vivirlo, que no puede quedar en simples ideas.

José Ignacio ZULOAGA

Ulf y Birgitta EKMAN, *El gran descubrimiento. Nuestro viaje hacia la fe católica*, Madrid: Rialp («Narraciones», 8), 2018, 244 pp., 17,5 x 21,5, ISBN 978-84-321-4942-9.

En este libro, publicado hace tres años en Suecia, se relata la peregrinación eclesial y espiritual de dos líderes –marido y mujer– de toda una serie de comunidades carismáticas no denominacionales, presentes no solo en su país de origen sino también en otros de la antigua órbita soviética y en Asia. A pesar del carácter testimonial, ofrece también interesantes reflexiones (en clave bíblica, litúrgica y teológica) sobre diferentes temas relacionados con la interpretación de la Escritura, la figura de María, la eclesiología, la teología de los sacramentos y, de modo especial, la Eucaristía, e incluso el purgatorio. Como explica Denis Searby en la introducción: el libro «presenta a un pastor y a su esposa que se enfrentan a problemas muy reales de eclesiología, malentendidos teológicos, anhelos sacramentales y la urgente llamada a la unidad de los cristianos» (p. 15). Este largo peregrinar hacia la Iglesia católica está acompañado por numerosas amistades personales y por el testimonio de santos especialmente afines a los protagonistas: Francisco de Asís y Brígida de Suecia, el beato Newman y Teresa de Lisieux, Faustina Kowalska y Maximiliano Kolbe, Pío de Pietrelcina y Juan Pablo II. Pero ade-

más son planteadas de modo reiterado las cuestiones teológicas anteriormente mencionadas, por lo que se convierte en un itinerario consciente y profundamente meditado.

El resultado es una descripción de las comunidades Palabra de Vida, fundadas por el matrimonio Ekman, y su posterior peregrinar hacia la plena comunión con la Iglesia católica. Los autores insisten en la continuidad de todo este proceso. Aparecen allí entremezcladas aportaciones del luteranismo, del metodismo, de las Iglesias libres y de comunidades carismáticas y pentecostales. El resultado es un panorama caleidoscópico que requiere una cierta orientación teológica, que van ofreciendo también los mismos autores. En todo momento aparece el Espíritu como camino hacia la Iglesia en plenitud. De esta forma se encuentran mutuamente complementadas en el seno de la Iglesia las dimensiones cristológica y pneumatológica. En concreto, para los protagonistas de esta aventura ecuménica y existencial, todo este caminar supone el progresivo redescubrimiento de la dimensión sacramental y apostólica de la Iglesia, íntimamente unida a la carismática, de su universalidad y de su íntima unión